





ACTO POLITICO.

De tal calificación el gran banquete que el Comité provincial de Cuba celebró en la noche del 31 de julio último en el teatro de Tacon al patricio de esta isla, la que gobierna hoy con el apuro más minime, pues en los doscientos cincuenta convidados estaban representados todos los elementos de valia que componen esta sociedad; y las declaraciones hechas por los señores, con dignidad, en la regia de conducta que debemos trasmitirnos en el momento histórico que atravesamos.

La sala y el escenario del gran teatro, transformados en un solo y vasto salón profusamente iluminado, ofrecía un golpe de vista magnifico. Una mesa, en forma de herradura, que tenía la cabecera en el fondo del escenario y los extremos á ambos lados de la entrada principal, se hallaba cubierta con exquisito gusto con ramilletes de flores y elegantes fruteros, conteniendo las frutas propias de los trópicos y de los países del Norte, junto á los palcos se colocaron estantes y jarrones, que formaban una calle entre aquellos y la parte exterior de la mesa. En el centro habia una fuente artificial de bastante gusto y ámplias mallas para el servicio; y en el fondo del escenario un gran espejo, que reflejaba todo el salón.

Los palcos plateos se habian decorado con pabellones rojos de seda y sobre el palco de la presidencia se ostentaba el retrato de S. M. el Rey, bajo un dosel del mismo color.

A las ocho de la noche los acaudalados de la marcha Real anunciaron la llegada del Excmo. Sr. Gobernador y Capitan General D. Arsenio Martinez de Campos, á quien habia salido á recibir una comision del Comité, y momentos despues comenzó la comedia, tocando durante ella dos bandos de música, una situada en el patio del edificio y la otra en el vestíbulo. El servicio fue espléndido así en manjares como en vinos.

Terminada la comedia, el Excmo. Sr. Gobernador General, con voz clara y sonora, brindó por la prosperidad de Cuba, bajo la benévola paz del reinado de Don Alfonso XII, expresando su satisfaccion por ver allí reunidos los hijos de esta provincia y de las otras de España. Brindó tambien por S. M. el Rey y por el General Jovellar, á quien tanta parte habia en la gloria de la pacificación, contestando á este brindis el señor O'Farrell con otro por el general.

Enseguida, el Sr. D. Pedro Lorente, pronunció un extenso discurso, cuya sintaxis procuramos hacer brevemente á nuestros lectores.

Empesó por expresar los lazos de amor, de intereses y de tradiciones, que unian á los españoles nacidos en esta provincia á los nacidos en la Metrópoli, exponiendo las causas que habian producido descontento en otras épocas; descontento que, llegado despues á excitar las pasiones, se halló terminada; y debió de paso un recuerdo á los que habian sucumbido en el campo de batalla.

Ocupándose luego de la grande obra de la paz, atribuyó su buen éxito á la política benévola, atractiva y conciliadora del ilustre General Martinez Campos, á quien dedicó, en nombre de los españoles nacidos en Cuba, un explícito y sincero aplauso por la reconciliación que ha realizado, manifestando que rechazaban toda idea de desorden y de violencia, querían, dentro de la unidad nacional, los que jugaban sus derechos, defendidos solamente por las vías legales, y ofrecían su adhesión al Gobierno, el apoyo moral del país, por más que no lo representasen por expres manifiesto; y que los hijos de Cuba abrigaban la seguridad de que lo obrarían al celebrarse la paz se cumpliría el momento.

Después de á los naturales de Cuba les animaba respecto á todos los demás españoles, el espíritu de concordia, cualquiera que fuese el punto en que hubieran nacido, y calidad de injustas é inconvenientes las preocupaciones de localidad, manifestando la conveniencia de que todos contribuyeran á la grande obra iniciada por el ilustre general Martinez Campos.

Después de las ventajas que al país y á nuestra raza proporcionaría la union de todos los elementos que componen nuestra sociedad.

Recordó de un modo honroso al general Jovellar, y dirigiéndose al Excmo. Sr. Gobernador General, le pidió, a nombre del país, que no abandonase este hasta que hubiese terminado por completo su obra regeneradora, enumerando con entusiasmo las altas dotes del General, y asegurándole que los naturales de Cuba, cualesquiera que fuesen sus condiciones, le seguirían con la mayor fidelidad.

FOLLETIN.

AURELIANO,

ESCENAS HISTÓRICAS DEL SIGLO QUINTO

por

ENRIQUE CONSCIENCE.

por

D. LUIS DE VIANA.

María llana de dolor, rodeó con sus brazos el cuello de la reina, y por sus esfuerzos que hacia para abogar su sollozo, se escapaban de su pecho con desconocido sentimiento que sus gemidos se escuchaban afuera, Aureliano separó á la joven del cuello de la reina, y la dijo con tono severo:

—María, callas, vuestras lágrimas van á perderse.

—La reina alzóse á la labor esforzada, y Aureliano, que habia tomado de la mano y la llevó á un asiento, donde se dejó caer ocultando su rostro entre las manos, y exclamando con voz desgarradora:

—¡Adios!... adios, yo me quedo pidiendo al Señor que os proteja!

—Venid, dijo Aureliano á la reina; cedad más vuestro manto y cubiertos enteramente el rostro. Seguidme sin ruido, y con paso ligero para que el piso no crea bajo nuestros pies. La noche es muy oscura, el cielo favorece nuestra huida. No habéis una palabra hasta que estemos fuera de palacio.

—Aureliano y la reina salieron lentamente de la cámara, y se deslizaron por el sombrío corredor.

quiera que fueran las circunstancias en que la Providencia los colocase en el porvenir, guardarán en su memoria un perpetuo recuerdo de sus grandes virtudes cívicas.

Este es, en resumen, el discurso que el Sr. Lorente pronunció, con fíel y elocuente palabra, aunque con débil voz. Tal vez por esta circunstancia, ó por no tenerlo todo bien en la memoria, hubiésemos omitido algo; pero no creemos que haya inexactitud alguna en lo que hemos dicho, y si la hubiera estamos dispuestos á rectificarla.

Concluido el discurso, el general Martinez Campos, con acento conmovido y robusta voz, con esa modestia que constituye una de las muchas bellas cualidades de su carácter, dijo que la gloria de la pacificación pertenecía al Gobierno de S. M. y al general Jovellar, porque en nada se habia desviado de las instrucciones del primer ministro, ni habia dado un solo paso sin el consentimiento del mismo. Manifestó su satisfacción por la concordia que simbolizaba aquel acto, y excitó á todos á que moderaran sus impetuosidades; que las nuevas leyes eran provisionales y ocasion habria de modificarlas en el seno de la representación nacional, cuando ella pudiera ser oída. Los diputados por Cuba. Recomendó la calma y la mesura en todo, reiterando que lo ofrecido se cumpliría exactamente; y que mientras no estuviera el país completamente constituido permaneciera en su puesto. Por último, invocó para Cuba, que jamás se alterara la paz que se disfrutaba, ni volviera á derramarse en este suelo sangre de hermanos.

Un viva espontáneo al General, salió de los labios al terminar ese breve y sentido discurso; y momentos despues salió del salón, el cual abrió sus puertas á las distinguidas damas que fueran á poner fin á la fiesta patriótica con un baile, el que, segun se nos ha dicho, terminó á las tres de la madrugada.

DOS CENTENARIOS.

Rousseau no puede ser comparado á Voltaire en su obra de iniquidad y de demoralización. Entre el filósofo de Ginebra y el patriarca de Ferney hay una gran distancia, por lo respecta á esos extravíos insignes de la inteligencia, á esas grandes indignidades del alma. Voltaire era impio hasta la blasfemia, andaba hasta el cinismo, corrompido hasta la degradación; el genio del mal parece que animó á este hombre infornado hasta los últimos momentos de su vida. El lustre de su gran talento desaparece al lado de tantas miserias, de tantas infamias en que cayó su inteligencia soberbia, su corazón henchido de siniestros sentimientos. Su estilo siempre acerbó, siempre erizado de sarcasmos sangrientos, de burlas histéricas, hasta por sí solo para dar cumplida idea de lo que fué el filósofo, el historiador y el poeta; nunca estableció la personalidad mejor al hombre. Rousseau ha sido tambien filósofo, revolucionario, gran predicador de errores, habilísimo para formar sociedades, implacable para atacar con encendido coraje todas las instituciones sociales y todas las tradiciones religiosas de los pueblos. Hombre de corazón frío y egoísta, no tuvo jamás para las miserias humanas sino una sonrisa de desprecio y una mirada de deden. Misantrópico egoísta, filósofo ataravillado, reformador por sistema, y arrogantisimo justador en esas lindes por el perpetuo sustento sustentado contra los seculares principios, fundamentos de la sociedad, no tuvo durante su vida más objeto que lanzar el arido del error, cubierto con manto deslumbrador de solismos, á todas las grandezas, á todas las glorias, á todas las ciencias y á todos los siglos habian engrandecido bajo la sombra sacrosanta del estandarte cristiano. Hay en todos sus ataques esa saña acerbada del impio amanuésado de los pochos de una revolución, cuyos primeros estragos en el mundo moral habian ya hecho sentir, cuando apareció él en el mundo, para producir una revolución social tan temida luego en borrasas y en adversidades.

Rousseau era la personificación terrible de la idea popular que reja por desbordarse, y que cuando llega la hora de sus desbordamientos criminales inunda en ruidosa naufragio el suelo de la Europa. Por eso, como dice un ilustre escritor, se encarniza con todos los filósofos; por eso lanzaba rayos contra todos los poderes constituidos, contra todas las eminencias sociales. No contento con destruir, levanta su bandera y escribe su dogma y su dogma y su bandera fueron el dogma y la bandera de la revolución. Esta fué su obra, su ideal, su sueño de delirios. La idea revolucionaria encarnada en Rousseau era de todas la más siniestra, porque tendia á quebrantar el principio del derecho de poder, á socavar el fundamento de toda fuerza pública, á faltar los lazos sociales. Negó á toda intervención en la primitiva confor-

macion de las sociedades, y planteó los problemas más audaces, más insensatos sobre la base de una miserable incoherencia, no le permitia ver en los acontecimientos humanos, en la historia del mundo, esa eterna y misteriosa ley de la providencia regiendo nuestros destinos, dando alas á nuestros progresos y palpitando, por último, en todas las manifestaciones de nuestra civilización. Sus teorías sobre la soberanía popular, fueran el dogma y la bandera de una escuela, que más adelante habia de llevar al terreno de la práctica las ideas que habia aprendido de su maestro. De forma que el principio subversivo del desconocimiento de los poderes constituidos glorificado por los revolucionarios de 93; el desdormiento de todas las pasiones populares provocadas por más de un siglo de continuas predicaciones de la filosofía racionalista y la impiedad más abyecta se deban principalmente al filósofo de Ginebra: ese reformador insensato, presa de todos los delirios, y culpable de todos los desórdenes que sus ideas demolidoras en el orden social llegaron á producir en la hora dolorosa del vértigo revolucionario.

La filosofía enciclopédica contaba además con otros miembros dedicados á la obra infame de la general demoralización. Pero es indudable que Rousseau, por el privilegio de su talento, las galas seductoras de su estilo, y el finísimo carácter de austeridad, que le imprimía á todas sus doctrinas, cuando en realidad no era sino suprema soberbia y falta de todo sentimiento humanitario, fué el que causó más estragos, más conmociones en el orden social; que ya surfa de consumo el embate poderoso de las ideas filosóficas, propagadas en el terreno de la infancia y de la degradación por Voltaire, en el terreno del sofisma y de un implacable egoísmo por el autor del contrato social.

Después los escritos de Rousseau de esos vitiosos ropajes de la forma, apartó el ojo de sus cantos de sirena; y decidió que encontrara en las obras del filósofo no es un tegido de errores, sofismas, impiedades, irónicos arranques de desprecio hacia todo orden social y religioso; y sobre todo, insensatos delirios, irreconciliables utopías de una inteligencia llena de sombras, de un alma henchida de espantables! La elocuencia viril de un estilo verdaderamente arrebatador no basta á culpar el profundo vicio de toda verdad, de todo principio recto y fundamental, por subidas que sean las concepciones del talento, por poderosos que sean los esfuerzos del ingenio. El sofista aparece detrás del filósofo, el impio detrás del reformador, el revolucionario detrás del elemento moralista. Y Rousseau que ha sido filósofo para combatir toda filosofía legítima, reformador para convencer los elementos de la sociedad, moralista para fundar una moral independiente, universal y antoritaria, no puede librarse de esta grave responsabilidad que la historia ha hecho pesar sobre él, por haber arrastrado en este sendero de perdition el movimiento intelectual de su siglo. La obra de Rousseau ha tenido muchos complicados, es cierto, y continuadores despiadados, pero estos y aquellos, nutridos con las ideas filosóficas predicadas por aquel maestro de todos los errores, solo han seguido un sendero ya comenzado; no han sido más que el eco de las doctrinas corrompidas, propagadas, glorificadas por una inteligencia superior, que ha tenido el triste privilegio de dirigir tan asoladora campaña contra la santa causa de la verdad, de la religion, y del orden político y social.

Los discípulos son muchos, en número difícilmente contable, pero los maestros son pocos, y estos son los que tienen las grandes responsabilidades, estos son los que merecen todos los anatemas. He aquí por que el nombre de Rousseau que es símbolo de supremos extravíos, es al propio tiempo representativo de toda una escuela filosófica que ha inundado al mundo de errores, y que ha preparado en las regiones del espíritu las grandes tempestades de desordenadas más tarde en las regiones sociales. Pero al hablar de Rousseau, debemos ser completamente justos. Este genio siniestro que esgrimió ataques tan ruidosos á todo orden, á toda verdad, este filósofo llano de rencores y desmanos de sentimientos, tuvo á veces momentos lúcidos, intervalos en que la voz de la verdad se levantaba del fondo de su conciencia, y dejaba oír magníficos y elocuentísimos discursos. Por eso Rousseau á pesar de sus extravíos deslizados, de su incoherencia sistemática, no puede ocupar en la historia el mismo puesto que otros filósofos cuya vida entera fué una continua impiedad, una no interrumpida blasfemia, una abominación sin ejemplo. Si su inteligencia era presa de la fiebre revolucionaria, no estuvo al servicio de aquellas grandes indignidades que han deshonrado la memoria de muchos enemigos de

la patria, á través del patio, y se aproximó á ellos.

La reina vino con terror que el galoromano sacó un hacha de debajo de sus vestidos, y que acercándose á su oído murmuró en voz muy baja:

—Es un enemigo pero está solo, tranquilízale! le mataré! y huirémos en seguida!

La reina se apoyó contra la pared, Aureliano se puso delante de ella, y apretando su hacha con mano convulsiva, se dispuso á defender la vida de su soberana.

El guerrero pareció espantarse tambien del brillo del hacha, ó quizá habiéndose reconocido á la reina y á Aureliano, se alzó precipitadamente en direccion al cuerpo de guardia.

El galoromano siguió con la vista al guerrero hasta que se retiró entre las sombras; en seguida corrió su hacha, y corriendo á la reina por un brazo para sostener su marcha, la dijo con el acento de la angustia:

—¡Reñad! vuestras fuerzas! ¡aprovechad! ¡aprovechad!

Y la sacó hasta la pequeña puerta que abrió en dificultad. Cuando llegaron á la calle, un suspiro de satisfacción salió de la boca de la reina, y como el primer éxito lo habia devuelto al valor, aceleró el paso, y á su vez animó á Aureliano, para intentar salvarse corriendo.

El galoromano moderó su impaciencia, y con paso rápido, pero sin precipitación aparente, atravesaron las calles de la ciudad. Más de una vez echó más de sí la reina, pero el galoromano, al oír el paso apresurado de algun pasante que se retiraba con el rostro cubierto, se apresuró á detenerse y se burló:

—¿Qué significa la celebracion de estos dos centenarios? ¿qué significan Voltaire y Rousseau ensalzados y glorificados, á la vista del mundo, en una nacion cristiana? Significan y explican el estado actual por que los pueblos atraviesan, la decadencia que encontraron en las obras del filósofo no es un tegido de errores, sofismas, impiedades, irónicos arranques de desprecio hacia todo orden social y religioso; y sobre todo, insensatos delirios, irreconciliables utopías de una inteligencia llena de sombras, de un alma henchida de espantables! La elocuencia viril de un estilo verdaderamente arrebatador no basta á culpar el profundo vicio de toda verdad, de todo principio recto y fundamental, por subidas que sean las concepciones del talento, por poderosos que sean los esfuerzos del ingenio. El sofista aparece detrás del filósofo, el impio detrás del reformador, el revolucionario detrás del elemento moralista. Y Rousseau que ha sido filósofo para combatir toda filosofía legítima, reformador para convencer los elementos de la sociedad, moralista para fundar una moral independiente, universal y antoritaria, no puede librarse de esta grave responsabilidad que la historia ha hecho pesar sobre él, por haber arrastrado en este sendero de perdition el movimiento intelectual de su siglo. La obra de Rousseau ha tenido muchos complicados, es cierto, y continuadores despiadados, pero estos y aquellos, nutridos con las ideas filosóficas predicadas por aquel maestro de todos los errores, solo han seguido un sendero ya comenzado; no han sido más que el eco de las doctrinas corrompidas, propagadas, glorificadas por una inteligencia superior, que ha tenido el triste privilegio de dirigir tan asoladora campaña contra la santa causa de la verdad, de la religion, y del orden político y social.

Los discípulos son muchos, en número difícilmente contable, pero los maestros son pocos, y estos son los que tienen las grandes responsabilidades, estos son los que merecen todos los anatemas. He aquí por que el nombre de Rousseau que es símbolo de supremos extravíos, es al propio tiempo representativo de toda una escuela filosófica que ha inundado al mundo de errores, y que ha preparado en las regiones del espíritu las grandes tempestades de desordenadas más tarde en las regiones sociales. Pero al hablar de Rousseau, debemos ser completamente justos. Este genio siniestro que esgrimió ataques tan ruidosos á todo orden, á toda verdad, este filósofo llano de rencores y desmanos de sentimientos, tuvo á veces momentos lúcidos, intervalos en que la voz de la verdad se levantaba del fondo de su conciencia, y dejaba oír magníficos y elocuentísimos discursos. Por eso Rousseau á pesar de sus extravíos deslizados, de su incoherencia sistemática, no puede ocupar en la historia el mismo puesto que otros filósofos cuya vida entera fué una continua impiedad, una no interrumpida blasfemia, una abominación sin ejemplo. Si su inteligencia era presa de la fiebre revolucionaria, no estuvo al servicio de aquellas grandes indignidades que han deshonrado la memoria de muchos enemigos de

la patria, á través del patio, y se aproximó á ellos.

La reina vino con terror que el galoromano sacó un hacha de debajo de sus vestidos, y que acercándose á su oído murmuró en voz muy baja:

—Es un enemigo pero está solo, tranquilízale! le mataré! y huirémos en seguida!

La reina se apoyó contra la pared, Aureliano se puso delante de ella, y apretando su hacha con mano convulsiva, se dispuso á defender la vida de su soberana.

El guerrero pareció espantarse tambien del brillo del hacha, ó quizá habiéndose reconocido á la reina y á Aureliano, se alzó precipitadamente en direccion al cuerpo de guardia.

El galoromano siguió con la vista al guerrero hasta que se retiró entre las sombras; en seguida corrió su hacha, y corriendo á la reina por un brazo para sostener su marcha, la dijo con el acento de la angustia:

—¡Reñad! vuestras fuerzas! ¡aprovechad! ¡aprovechad!

Y la sacó hasta la pequeña puerta que abrió en dificultad. Cuando llegaron á la calle, un suspiro de satisfacción salió de la boca de la reina, y como el primer éxito lo habia devuelto al valor, aceleró el paso, y á su vez animó á Aureliano, para intentar salvarse corriendo.

El galoromano moderó su impaciencia, y con paso rápido, pero sin precipitación aparente, atravesaron las calles de la ciudad. Más de una vez echó más de sí la reina, pero el galoromano, al oír el paso apresurado de algun pasante que se retiraba con el rostro cubierto, se apresuró á detenerse y se burló:

—¿Qué significa la celebracion de estos dos centenarios? ¿qué significan Voltaire y Rousseau ensalzados y glorificados, á la vista del mundo, en una nacion cristiana? Significan y explican el estado actual por que los pueblos atraviesan, la decadencia que encontraron en las obras del filósofo no es un tegido de errores, sofismas, impiedades, irónicos arranques de desprecio hacia todo orden social y religioso; y sobre todo, insensatos delirios, irreconciliables utopías de una inteligencia llena de sombras, de un alma henchida de espantables! La elocuencia viril de un estilo verdaderamente arrebatador no basta á culpar el profundo vicio de toda verdad, de todo principio recto y fundamental, por subidas que sean las concepciones del talento, por poderosos que sean los esfuerzos del ingenio. El sofista aparece detrás del filósofo, el impio detrás del reformador, el revolucionario detrás del elemento moralista. Y Rousseau que ha sido filósofo para combatir toda filosofía legítima, reformador para convencer los elementos de la sociedad, moralista para fundar una moral independiente, universal y antoritaria, no puede librarse de esta grave responsabilidad que la historia ha hecho pesar sobre él, por haber arrastrado en este sendero de perdition el movimiento intelectual de su siglo. La obra de Rousseau ha tenido muchos complicados, es cierto, y continuadores despiadados, pero estos y aquellos, nutridos con las ideas filosóficas predicadas por aquel maestro de todos los errores, solo han seguido un sendero ya comenzado; no han sido más que el eco de las doctrinas corrompidas, propagadas, glorificadas por una inteligencia superior, que ha tenido el triste privilegio de dirigir tan asoladora campaña contra la santa causa de la verdad, de la religion, y del orden político y social.

Los discípulos son muchos, en número difícilmente contable, pero los maestros son pocos, y estos son los que tienen las grandes responsabilidades, estos son los que merecen todos los anatemas. He aquí por que el nombre de Rousseau que es símbolo de supremos extravíos, es al propio tiempo representativo de toda una escuela filosófica que ha inundado al mundo de errores, y que ha preparado en las regiones del espíritu las grandes tempestades de desordenadas más tarde en las regiones sociales. Pero al hablar de Rousseau, debemos ser completamente justos. Este genio siniestro que esgrimió ataques tan ruidosos á todo orden, á toda verdad, este filósofo llano de rencores y desmanos de sentimientos, tuvo á veces momentos lúcidos, intervalos en que la voz de la verdad se levantaba del fondo de su conciencia, y dejaba oír magníficos y elocuentísimos discursos. Por eso Rousseau á pesar de sus extravíos deslizados, de su incoherencia sistemática, no puede ocupar en la historia el mismo puesto que otros filósofos cuya vida entera fué una continua impiedad, una no interrumpida blasfemia, una abominación sin ejemplo. Si su inteligencia era presa de la fiebre revolucionaria, no estuvo al servicio de aquellas grandes indignidades que han deshonrado la memoria de muchos enemigos de

la patria, á través del patio, y se aproximó á ellos.

La reina vino con terror que el galoromano sacó un hacha de debajo de sus vestidos, y que acercándose á su oído murmuró en voz muy baja:

—Es un enemigo pero está solo, tranquilízale! le mataré! y huirémos en seguida!

La reina se apoyó contra la pared, Aureliano se puso delante de ella, y apretando su hacha con mano convulsiva, se dispuso á defender la vida de su soberana.

El guerrero pareció espantarse tambien del brillo del hacha, ó quizá habiéndose reconocido á la reina y á Aureliano, se alzó precipitadamente en direccion al cuerpo de guardia.

El galoromano siguió con la vista al guerrero hasta que se retiró entre las sombras; en seguida corrió su hacha, y corriendo á la reina por un brazo para sostener su marcha, la dijo con el acento de la angustia:

—¡Reñad! vuestras fuerzas! ¡aprovechad! ¡aprovechad!

Y la sacó hasta la pequeña puerta que abrió en dificultad. Cuando llegaron á la calle, un suspiro de satisfacción salió de la boca de la reina, y como el primer éxito lo habia devuelto al valor, aceleró el paso, y á su vez animó á Aureliano, para intentar salvarse corriendo.

El galoromano moderó su impaciencia, y con paso rápido, pero sin precipitación aparente, atravesaron las calles de la ciudad. Más de una vez echó más de sí la reina, pero el galoromano, al oír el paso apresurado de algun pasante que se retiraba con el rostro cubierto, se apresuró á detenerse y se burló:

—¿Qué significa la celebracion de estos dos centenarios? ¿qué significan Voltaire y Rousseau ensalzados y glorificados, á la vista del mundo, en una nacion cristiana? Significan y explican el estado actual por que los pueblos atraviesan, la decadencia que encontraron en las obras del filósofo no es un tegido de errores, sofismas, impiedades, irónicos arranques de desprecio hacia todo orden social y religioso; y sobre todo, insensatos delirios, irreconciliables utopías de una inteligencia llena de sombras, de un alma henchida de espantables! La elocuencia viril de un estilo verdaderamente arrebatador no basta á culpar el profundo vicio de toda verdad, de todo principio recto y fundamental, por subidas que sean las concepciones del talento, por poderosos que sean los esfuerzos del ingenio. El sofista aparece detrás del filósofo, el impio detrás del reformador, el revolucionario detrás del elemento moralista. Y Rousseau que ha sido filósofo para combatir toda filosofía legítima, reformador para convencer los elementos de la sociedad, moralista para fundar una moral independiente, universal y antoritaria, no puede librarse de esta grave responsabilidad que la historia ha hecho pesar sobre él, por haber arrastrado en este sendero de perdition el movimiento intelectual de su siglo. La obra de Rousseau ha tenido muchos complicados, es cierto, y continuadores despiadados, pero estos y aquellos, nutridos con las ideas filosóficas predicadas por aquel maestro de todos los errores, solo han seguido un sendero ya comenzado; no han sido más que el eco de las doctrinas corrompidas, propagadas, glorificadas por una inteligencia superior, que ha tenido el triste privilegio de dirigir tan asoladora campaña contra la santa causa de la verdad, de la religion, y del orden político y social.

Los discípulos son muchos, en número difícilmente contable, pero los maestros son pocos, y estos son los que tienen las grandes responsabilidades, estos son los que merecen todos los anatemas. He aquí por que el nombre de Rousseau que es símbolo de supremos extravíos, es al propio tiempo representativo de toda una escuela filosófica que ha inundado al mundo de errores, y que ha preparado en las regiones del espíritu las grandes tempestades de desordenadas más tarde en las regiones sociales. Pero al hablar de Rousseau, debemos ser completamente justos. Este genio siniestro que esgrimió ataques tan ruidosos á todo orden, á toda verdad, este filósofo llano de rencores y desmanos de sentimientos, tuvo á veces momentos lúcidos, intervalos en que la voz de la verdad se levantaba del fondo de su conciencia, y dejaba oír magníficos y elocuentísimos discursos. Por eso Rousseau á pesar de sus extravíos deslizados, de su incoherencia sistemática, no puede ocupar en la historia el mismo puesto que otros filósofos cuya vida entera fué una continua impiedad, una no interrumpida blasfemia, una abominación sin ejemplo. Si su inteligencia era presa de la fiebre revolucionaria, no estuvo al servicio de aquellas grandes indignidades que han deshonrado la memoria de muchos enemigos de

la patria, á través del patio, y se aproximó á ellos.

La reina vino con terror que el galoromano sacó un hacha de debajo de sus vestidos, y que acercándose á su oído murmuró en voz muy baja:

—Es un enemigo pero está solo, tranquilízale! le mataré! y huirémos en seguida!

La reina se apoyó contra la pared, Aureliano se puso delante de ella, y apretando su hacha con mano convulsiva, se dispuso á defender la vida de su soberana.

El guerrero pareció espantarse tambien del brillo del hacha, ó quizá habiéndose reconocido á la reina y á Aureliano, se alzó precipitadamente en direccion al cuerpo de guardia.

El galoromano siguió con la vista al guerrero hasta que se retiró entre las sombras; en seguida corrió su hacha, y corriendo á la reina por un brazo para sostener su marcha, la dijo con el acento de la angustia:

—¡Reñad! vuestras fuerzas! ¡aprovechad! ¡aprovechad!

Y la sacó hasta la pequeña puerta que abrió en dificultad. Cuando llegaron á la calle, un suspiro de satisfacción salió de la boca de la reina, y como el primer éxito lo habia devuelto al valor, aceleró el paso, y á su vez animó á Aureliano, para intentar salvarse corriendo.

El galoromano moderó su impaciencia, y con paso rápido, pero sin precipitación aparente, atravesaron las calles de la ciudad. Más de una vez echó más de sí la reina, pero el galoromano, al oír el paso apresurado de algun pasante que se retiraba con el rostro cubierto, se apresuró á detenerse y se burló:

—¿Qué significa la celebracion de estos dos centenarios? ¿qué significan Voltaire y Rousseau ensalzados y glorificados, á la vista del mundo, en una nacion cristiana? Significan y explican el estado actual por que los pueblos atraviesan, la decadencia que encontraron en las obras del filósofo no es un tegido de errores, sofismas, impiedades, irónicos arranques de desprecio hacia todo orden social y religioso; y sobre todo, insensatos delirios, irreconciliables utopías de una inteligencia llena de sombras, de un alma henchida de espantables! La elocuencia viril de un estilo verdaderamente arrebatador no basta á culpar el profundo vicio de toda verdad, de todo principio recto y fundamental, por subidas que sean las concepciones del talento, por poderosos que sean los esfuerzos del ingenio. El sofista aparece detrás del filósofo, el impio detrás del reformador, el revolucionario detrás del elemento moralista. Y Rousseau que ha sido filósofo para combatir toda filosofía legítima, reformador para convencer los elementos de la sociedad, moralista para fundar una moral independiente, universal y antoritaria, no puede librarse de esta grave responsabilidad que la historia ha hecho pesar sobre él, por haber arrastrado en este sendero de perdition el movimiento intelectual de su siglo. La obra de Rousseau ha tenido muchos complicados, es cierto, y continuadores despiadados, pero estos y aquellos, nutridos con las ideas filosóficas predicadas por aquel maestro de todos los errores, solo han seguido un sendero ya comenzado; no han sido más que el eco de las doctrinas corrompidas, propagadas, glorificadas por una inteligencia superior, que ha tenido el triste privilegio de dirigir tan asoladora campaña contra la santa causa de la verdad, de la religion, y del orden político y social.

Los discípulos son muchos, en número difícilmente contable, pero los maestros son pocos, y estos son los que tienen las grandes responsabilidades, estos son los que merecen todos los anatemas. He aquí por que el nombre de Rousseau que es símbolo de supremos extravíos, es al propio tiempo representativo de toda una escuela filosófica que ha inundado al mundo de errores, y que ha preparado en las regiones del espíritu las grandes tempestades de desordenadas más tarde en las regiones sociales. Pero al hablar de Rousseau, debemos ser completamente justos. Este genio siniestro que esgrimió ataques tan ruidosos á todo orden, á toda verdad, este filósofo llano de rencores y desmanos de sentimientos, tuvo á veces momentos lúcidos, intervalos en que la voz de la verdad se levantaba del fondo de su conciencia, y dejaba oír magníficos y elocuentísimos discursos. Por eso Rousseau á pesar de sus extravíos deslizados, de su incoherencia sistemática, no puede ocupar en la historia el mismo puesto que otros filósofos cuya vida entera fué una continua impiedad, una no interrumpida blasfemia, una abominación sin ejemplo. Si su inteligencia era presa de la fiebre revolucionaria, no estuvo al servicio de aquellas grandes indignidades que han deshonrado la memoria de muchos enemigos de

la patria, á través del patio, y se aproximó á ellos.

La reina vino con terror que el galoromano sacó un hacha de debajo de sus vestidos, y que acercándose á su oído murmuró en voz muy baja:

—Es un enemigo pero está solo, tranquilízale! le mataré! y huirémos en seguida!

La reina se apoyó contra la pared, Aureliano se puso delante de ella, y apretando su hacha con mano convulsiva, se dispuso á defender la vida de su soberana.

El guerrero pareció espantarse tambien del brillo del hacha, ó quizá habiéndose reconocido á la reina y á Aureliano, se alzó precipitadamente en direccion al cuerpo de guardia.

El galoromano siguió con la vista al guerrero hasta que se retiró entre las sombras; en seguida corrió su hacha, y corriendo á la reina por un brazo para sostener su marcha, la dijo con el acento de la angustia:

—¡Reñad! vuestras fuerzas! ¡aprovechad! ¡aprovechad!

Y la sacó hasta la pequeña puerta que abrió en dificultad. Cuando llegaron á la calle, un suspiro de satisfacción salió de la boca de la reina, y como el primer éxito lo habia devuelto al valor, aceleró el paso, y á su vez animó á Aureliano, para intentar salvarse corriendo.

El galoromano moderó su impaciencia, y con paso rápido, pero sin precipitación aparente, atravesaron las calles de la ciudad. Más de una vez echó más de sí la reina, pero el galoromano, al oír el paso apresurado de algun pasante que se retiraba con el rostro cubierto, se apresuró á detenerse y se burló:

—¿Qué significa la celebracion de estos dos centenarios? ¿qué significan Voltaire y Rousseau ensalzados y glorificados, á la vista del mundo, en una nacion cristiana? Significan y explican el estado actual por que los pueblos atraviesan, la decadencia que encontraron en las obras del filósofo no es un tegido de errores, sofismas, impiedades, irónicos arranques de desprecio hacia todo orden social y religioso; y sobre todo, insensatos delirios, irreconciliables utopías de una inteligencia llena de sombras, de un alma henchida de espantables! La elocuencia viril de un estilo verdaderamente arrebatador no basta á culpar el profundo vicio de toda verdad, de todo principio recto y fundamental, por subidas que sean las concepciones del talento, por poderosos que sean los esfuerzos del ingenio. El sofista aparece detrás del filósofo, el impio detrás del reformador, el revolucionario detrás del elemento moralista. Y Rousseau que ha sido filósofo para combatir toda filosofía legítima, reformador para convencer los elementos de la sociedad, moralista para fundar una moral independiente, universal y antoritaria, no puede librarse de esta grave responsabilidad que la historia ha hecho pesar sobre él, por haber arrastrado en este sendero de perdition el movimiento intelectual de su siglo. La obra de Rousseau ha tenido muchos complicados, es cierto, y continuadores despiadados, pero estos y aquellos, nutridos con las ideas filosóficas predicadas por aquel maestro de todos los errores, solo han seguido un sendero ya comenzado; no han sido más que el eco de las doctrinas corrompidas, propagadas, glorificadas por una inteligencia superior, que ha tenido el triste privilegio de dirigir tan asoladora campaña contra la santa causa de la verdad, de la religion, y del orden político y social.

Los discípulos son muchos, en número difícilmente contable, pero los maestros son pocos, y estos son los que tienen las grandes responsabilidades, estos son los que merecen todos los anatemas. He aquí por que el nombre de Rousseau que es símbolo de supremos extravíos, es al propio tiempo representativo de toda una escuela filosófica que ha inundado al mundo de errores, y que ha preparado en las regiones del espíritu las grandes tempestades de desordenadas más tarde en las regiones sociales. Pero al hablar de Rousseau, debemos ser completamente justos. Este genio siniestro que esgrimió ataques tan ruidosos á todo orden, á toda verdad, este filósofo llano de rencores y desmanos de sentimientos, tuvo á veces momentos lúcidos, intervalos en que la voz de la verdad se levantaba del fondo de su conciencia, y dejaba oír magníficos y elocuentísimos discursos. Por eso Rousseau á pesar de sus extravíos deslizados, de su incoherencia sistemática, no puede ocupar en la historia el mismo puesto que otros filósofos cuya vida entera fué una continua impiedad, una no interrumpida blasfemia, una abominación sin ejemplo. Si su inteligencia era presa de la fiebre revolucionaria, no estuvo al servicio de aquellas grandes indignidades que han deshonrado la memoria de muchos enemigos de

la patria, á través del patio, y se aproximó á ellos.

Dió de la humanidad. Su alma, aunque flor y orgulloso, fria ante las desgracias, despreciada ante los grandes infortunios, no fué corrompida por esa perversidad satánica que acompaña casi siempre á los entendimientos envueltos en las sombras de una abyecta impiedad. Sin embargo, aún así y todo, su obra fué obra íntima, su misterio fué misterio de malicia, su poderío talento fué consagrado á corromper por las ideas, á falsear las buenas doctrinas, á conciliar los fundamentos de las sociedades humanas. No por ser menos perverso que muchos impios de su tiempo, entre los cuales Voltaire se levanta como la figura de Luzbel entre los ángeles caídos, es más digno de severa condenación el filósofo de Ginebra; ni la historia tampoco dejará de arrojar sobre él su fallo inexorable, porque habia habido impios superiores á él en malicia, verdaderos gigantes en la perversidad.

Por eso la demagogia, la última demagogia revolucionaria, ha rendido tanto á Rousseau como á Voltaire los homenajes de su admiración, si bien los







